



Coyuntura de la economía mundial

¿Perspectivas de una crisis generalizada?

MARCO ROMERO*

Al concluir el año 2000 reinaba el optimismo entre los responsables de las economías industrializadas y en los organismos multilaterales; a pesar de una evolución altamente volátil y con una tendencia declinante en los mercados de valores, todas las previsiones respecto de la evolución de la economía mundial en el 2001 se caracterizaban por un optimismo algo moderado; la moderación se basaba en el convencimiento de que la economía de los Estados Unidos, convertida en el motor de la economía mundial, no podría mantener la impresionante y prolongada expansión que registraba por más de 10 años seguidos; todos percibían la necesidad de evitar el recalentamiento de la economía norteamericana y buscar un “aterrizaje suave”, que evite las consecuencias negativas que podrían derivarse de una recesión.

Sin embargo, desde fines del año 2000, esa percepción comenzó a cambiar, en la medida en que varios indicadores evidenciaban un debilitamiento creciente de la economía norteamericana, marcada por una elevada volatilidad y la acumulación de pérdidas en los mercados de valores, cuya importancia se había incrementado, por la participación de sectores cada vez más amplios de población en operaciones bursátiles, particularmente en operaciones vinculadas a transacciones de valores relacionados con las empresas de los sectores tecnológicamente avanzados, correspondientes a la informática y las telecomunicaciones.

* Coordinador del Programa de Maestría en Relaciones Internacionales, de la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador.

La magnitud de los riesgos que tendría una recesión en los Estados Unidos se acentúa por la imposibilidad de que otros países del

Una recesión mundial, o en un segmento importante de la economía mundial, significaría un freno brusco a las expectativas favorables generadas por la “nueva economía”.

Grupo de los 7, especialmente Japón y los europeos, puedan asumir el relevo, para mantener el dinamismo en la economía mundial. Efectivamente, la economía del Japón sigue inmersa en el estancamiento y la crisis desde los años noventa, a pesar de los repetidos mega paquetes de estímulo

fiscal y de una política monetaria sumamente laxa, que ha llevado las tasas de interés a niveles muy próximos a cero.

Por otro lado, una recesión mundial, o en un segmento importante de la economía mundial, significaría un freno brusco a las expectativas favorables generadas por la “nueva economía”. Efectivamente, desde la segunda mitad de la década de los noventa, sobre todo a partir de la experiencia norteamericana, se ha escrito y discutido mucho sobre la “nueva economía”, también denominada “economía del conocimiento” o “economía digital”, y sobre su impacto en el crecimiento de la productividad, que transformaría el ciclo económico y eliminaría las fases depresivas.¹ La profunda caída que registra el índice Nasdaq, desde fines de agosto del año pasado, ha moderado las perspectivas excesivamente optimistas de los partidarios de estas tesis. Cabe mencionar que dicho índice corresponde a las cotizaciones en bolsa de los valores de las empresas del sector industrial, bancario y de seguros, dentro de las cuales han tenido una importancia creciente, en los últimos años, las acciones vinculadas a actividades tecnológicamente avanzadas, por la valorización que alcanzaron en el mercado.

El debate sobre la nueva economía se ha centrado fundamentalmente en torno al impacto que tendría la aplicación de las nuevas tecnologías de información y de las comunicaciones, al igual que del Internet, sobre los distintos aspectos del funcionamiento económico, en particular sobre la dinámica de la productividad, su efecto sobre los precios y sobre las formas de la competencia, así como en las estrategias de las empresas. En tal sentido se plantea, por ejemplo, que el

monopolio sería una característica distintiva de la nueva economía. El secretario del Tesoro de Clinton Lawrence Summers afirmaba, a mediados del año pasado, que

En una economía basada en la información, el único incentivo para producir cualquier cosa es la posesión del poder monopólico temporal; porque sin ese poder el precio se reducirá al costo marginal y no pueden recuperarse los altos costos iniciales. De manera que la búsqueda constante de ese poder monopólico se convierte en el empuje central de la Nueva Economía.²

Esa tendencia a la formación de los denominados “monopolios naturales” y la incidencia de los “efectos de red” (el impacto del uso generalizado entre un número muy grande de personas, de cierto bien o servicio –equipo, software u otro– que da a su productor un dominio de mercado y una ventaja significativa en la competencia), estaría presente en todos los sectores de actividad y marcaría una nueva forma de funcionamiento de los mercados, planteando interrogantes respecto del funcionamiento del proceso inflacionario, de la sostenibilidad de esta tendencia, del ciclo de las empresas y de su respuesta frente a las medidas tradicionales para enfrentar el debilitamiento de la economía o la recesión.

Otro tema en el que se ha desarrollado el debate es en lo que se refiere a la dinámica de la productividad, la magnitud del incremento registrado en los últimos años, el lugar de este comportamiento dentro de las tendencias de largo plazo, la concentración o no del crecimiento solo en unas pocas ramas dinámicas, y los efectos que genera en el resto de la economía.

No analizaremos aquí los ejes de este debate en curso, ya que sus elementos fundamentales no están bien precisados y la evidencia empírica es todavía insuficiente; la evolución de la economía norteamericana en los próximos años y nuevos estudios sobre estos temas proporcionarán mayores elementos para clarificar el panorama teórico.

En todo caso, la evolución de la economía norteamericana desde el último trimestre del año pasado comenzó a generar creciente preocupación, por la multiplicación de los signos de una evidente desaceleración, los que, sumados a una evolución muy inestable y predomi-

nantemente decreciente de los mercados de valores, configuran el escenario de una reducción del ritmo de crecimiento de la economía de los Estados Unidos, e incluso de una recesión, que podría tener repercusiones globales.³

En consecuencia, las principales instituciones encargadas del seguimiento de la economía mundial han debido revisar sus últimas previsiones a la baja, aunque todavía en forma parcial, puesto que aún no han emitido sus informes completos.⁴ Así tenemos que el Fondo Monetario Internacional, en sus previsiones más recientes publicadas,⁵ señalaba un menor crecimiento de la producción mundial en el 2001, con una tasa de crecimiento de 4,2 por ciento frente a 4,7 por ciento de 2000; la misma que se explicaría principalmente por la reducción del crecimiento de los Estados Unidos, que pasaría de 5,2 por ciento en el 2000 a 3,2 por ciento en el 2001. En el caso del Japón, el FMI estimaba una consolidación relativa de su recuperación, con una tasa de crecimiento de 1,8 por ciento, frente a tasas de 0,2 por ciento y de 1,4 por ciento en 1999 y 2000, respectivamente.

Por su parte la Organización de Cooperación al Desarrollo Económico (OCDE), proyectaba una tendencia similar en los dos países, pero más optimista puesto que estimaba tasas de crecimiento de 3,5 por ciento y de 2,3 por ciento, para los Estados Unidos y el Japón, en el 2001, respectivamente.⁶ Las dos instituciones preveían una convergencia de las tasas de crecimiento de los países de la Unión Europea y de los Estados Unidos, en torno al 3 por ciento.

En lo que va del año 2001, se han multiplicado los análisis que pretendían discernir entre los diversos indicadores de la economía norteamericana, signos que confirmen o rectifiquen la percepción de que la desaceleración podría transformarse en una verdadera recesión.

Las evidencias no son concluyentes, pero los portavoces oficiales destacan sus esperanzas de que la pérdida de dinamismo se superará en el segundo semestre, evitándose las consecuencias de una recesión. Diversos observadores y principalmente Alan Greenspan, el presidente de la FED, destacan, por ejemplo, las últimas cifras sobre las percepciones de los consumidores, cuyo optimismo, que cayó 23 por

ciento entre septiembre de 2000 y febrero de 2001, se ha recuperado en marzo y abril, enfatizando que el consumo representa algo más de los dos tercios del PIB norteamericano, como sustento de sus previsiones de una rápida recuperación en la segunda mitad del año, con lo cual esta evolución no pasaría de una temporal desaceleración del crecimiento en los Estados Unidos. Por el contrario, otros analistas dan mayor importancia a las tendencias de otros indicadores, como las ventas de automóviles o de casas, las existencias de productos terminados en las empresas manufactureras, o los niveles de endeudamiento de los hogares, entre otros, que señalan la presencia de problemas más serios, derivados de la sobre acumulación en algunos sectores, así como de los clásicos problemas de demanda.

Para unos y otros resulta muy preocupante la extrema volatilidad y los sobresaltos periódicos que registran los mercados de valores, que conspiran contra el mejoramiento de las expectativas de las empresas y de los hogares, y alimentan la incertidumbre sobre el futuro de la economía más grande del mundo. Además, dicha inestabilidad se transmite a los diferentes mercados en forma casi instantánea, dado el nivel de interconexión de los mercados financieros, que constituyen el vector más globalizado de la economía mundial.

En términos cuantitativos, el ritmo de crecimiento del PIB norteamericano que llegó a un elevado 8,3 por ciento en el cuarto trimestre de 1999, pasó a 5,6 por ciento en el segundo trimestre de 2000, cayendo posteriormente a 2,2 por ciento en el tercero y 1 por ciento en el cuarto trimestre (las estimaciones previas para este último trimestre habían sido de 1,4 por ciento y de 1,1 por ciento). La brusquedad de este descenso en el ritmo de crecimiento llama la atención frente a pasados episodios de crisis, así como las reducidas presiones inflacionarias.

Esta revisión a la baja del crecimiento del PIB a fines de 2000 coincidió con informes positivos sobre la confianza de los consumidores, patentizando una profunda incertidumbre sobre la marcha de la economía. Igualmente, en marzo pasado se informaba que los beneficios empresariales después de impuestos se redujeron en 4,3 por ciento el año pasado, como resultado principalmente de la caída de sus cotizaciones en bolsa, la reducción de las inversiones empresaria-

les en Estados Unidos, que no se había registrado en los últimos 8 años; y los mayores gastos en energía.

Estas evidencias han determinado que el Fondo de Reserva de los Estados Unidos modifique la dirección de su política monetaria, que ante el temor de un recalentamiento de la economía había elevado la tasa de interés que se aplica a los fondos federales en 1 por ciento entre el verano de 1998 y el punto más alto en el 2000, a comienzos del cuarto trimestre. En consecuencia, en lo que va del año, la FED ha reducido en tres oportunidades las tasas de interés, que pasaron del 6,5 al 5 por ciento. Esta tasa sirve de referencia para la fijación del resto de tasas de interés en el mercado financiero norteamericano y, por lo tanto, en el resto de mercados. Tradicionalmente las autoridades económicas y muchos economistas norteamericanos consideran que el manejo de la política monetaria es una herramienta suficiente para evitar la recesión.

Adicionalmente, a lo largo de la última campaña electoral, el candidato Bush declaró en repetidas ocasiones que el gobierno de Clinton dejaba en muy mal estado la economía de los Estados Unidos, razón por la cual postulaba que el superávit fiscal que se había logrado acumular en los últimos años debía revertirse a los ciudadanos a través de una masiva reducción impositiva, que permitiría reactivar la economía. Una vez convertido en el Presidente de los Estados Unidos, Bush siguió con ese discurso, para convencer a uno de los Congresos más equilibrados de la historia, con 50 senadores para demócratas y republicanos, respectivamente, de la necesidad de ese recorte fiscal; esa visión pesimista de la economía fue objeto de críticas por parte de los sectores empresariales y políticos, por el impacto que tenía sobre el funcionamiento de los mercados, y en las percepciones de los agentes.

La propuesta fiscal que Bush planteó al Congreso norteamericano involucraba un recorte tributario por 1 600 000 millones de dólares en 10 años; la resolución aprobada por el Congreso, impulsada por los demócratas, redujo en 25 por ciento ese monto. Sin embargo, el impacto reactivador de esta medida no será muy importante en este año, tanto por los plazos para la aprobación del presupuesto, como porque el monto correspondiente al 2001 no es significativo.

Por otro lado, la pro forma presupuestaria considera un crecimiento del PIB de 2,4 por ciento en el 2001 y una tasa de 3,2 por ciento en cada uno de los dos próximos años; estas previsiones son más optimistas que las que se manejan en la Casa Blanca. Cabe anotar, sin embargo, que existen pronósticos más pesimistas, como los de los economistas de negocios de Estados Unidos, quienes estiman el crecimiento del primer trimestre de 2001 en 1,9 por ciento y por lo tanto una menor tasa anual.

Igualmente señalemos que el presupuesto planteado por Bush incluye una fuerte reducción fiscal, rebajas en el gasto social y medio ambiental, y fuertes aumentos en educación (12 por ciento) y en defensa. Este presupuesto marca claras diferencias con la administración de Clinton y con las propuestas de Gore, que priorizaba el gasto social y proponía fortalecerlo, usando el superávit disponible. Algunos analistas cuestionan lo

que consideran como una carrera armamentista unilateral de los Estados Unidos, por el temor a perder la superioridad militar norteamericana, que significa en la práctica un subsidio a las empresas tecnológicas y demuestra la influencia que tiene el complejo militar-industrial.⁷

Esta tasa de crecimiento prevista para la producción en los Estados Unidos significaría reducir el ritmo de crecimiento de la economía global en alrededor de 1 por ciento, de acuerdo con las estimaciones del FMI.

Las previsiones sobre la economía del Japón también se han revisado, situándose actualmente entre 1,5 por ciento y 1,8 por ciento; dicho país tiene serias dificultades para superar los casi 10 años de recesión, así como la profunda caída en el mercado de valores que se encuentra en el nivel más bajo en 16 años. Esto ha provocado incluso la renuncia del Primer Ministro, a pesar del último paquete presupuestario, aprobado a fines de marzo, que incluye fondos para revitalizar a las empresas y tratar de resolver el problema de los malos préstamos realizados por los bancos. Esas entidades financieras recibieron como

Tradicionalmente las autoridades económicas y muchos economistas norteamericanos consideran que el manejo de la política monetaria es una herramienta suficiente para evitar la recesión.

colateral bienes inmuebles, cuyos precios se han derrumbado; dichos préstamos representan todavía un monto de 531 mil millones de dólares, a pesar de los repetidos paquetes fiscales de salvamento y de una política monetaria muy expansiva (denominada como “política de distensión monetaria”), que ha llevado las tasas de interés prácticamente a 0 por ciento. La disminución de las exportaciones japonesas a los Estados Unidos, que vienen cayendo desde el segundo semestre del año pasado, tampoco ayuda a dicha recuperación.

La evolución de la economía japonesa y su impacto en la región asiática, puesto que constituye su principal mercado de exportación, sumado a los efectos de la reducción de las exportaciones regionales que se dirigen a los Estados Unidos, que representan el 20 por ciento del total, determinarían un menor ritmo de crecimiento de las economías asiáticas, si bien de menor magnitud que los previstos en otras regiones.

Las tendencias señaladas han generado presiones para la Unión Europea y sobre todo para el Banco Central Europeo (BCE), que no ha revisado las tasas de interés desde la subida de 0,5 por ciento a comienzos de octubre de 2000, que las situó en 4,75 por ciento, cuando dicha institución buscaba reducir las presiones inflacionarias generadas por la elevación de los precios del petróleo. El cambio de tendencia no se ha reflejado aún en las tasas, por dos razones: a) la autoridad monetaria europea considera que la disminución del crecimiento norteamericano no tendrá mayor impacto sobre Europa, en razón de su peso limitado en las exportaciones europeas; y, b) por la presencia de presiones inflacionarias en algunas economías europeas, superiores a las esperadas; en efecto, la inflación en la Europa de los 12 llegó a 2,6 por ciento en febrero, por encima del 2 por ciento considerado como el nivel de estabilidad por el BCE.

Las presiones de diversos sectores empresariales, políticos y del propio FMI han sido muy fuertes; sin embargo, el BCE las resistió, a pesar de que las previsiones que señalaban una tasa de crecimiento de 3,2 por ciento para la zona euro, están siendo revisadas a la baja, situándose hoy en torno al 2,5 por ciento (2,7 por ciento para la OECD). Cabe destacar que Alemania rebajó su previsión de 2,7 por ciento a 2,1 por ciento a comienzos del mes de abril.

Esto ha determinado la fuga de inversiones de Europa hacia los Estados Unidos, lo que ha detenido la recuperación del euro frente al dólar y su caída desde 0,96 en enero 2001 a niveles de 0,88 en abril; esta apuesta de las empresas europeas por el dólar habría significado la salida de más de 50 mil millones de euros solo en enero de este año.

La sorpresiva cuarta reducción de 0,5 por ciento adicional en la tasa interbancaria de la FED, reduciéndola a 4,5 por ciento, establecida el 18 de abril pasado y que generó gran entusiasmo, pero muy pasajero en las bolsas de los Estados Unidos y en otras partes del mundo, ha cambiado la situación. Por primera vez en muchos años las tasas en Europa son superiores a las norteamericanas; esto podría revertir la dirección de los flujos de capitales; sin embargo, ello dependerá sobre todo de las perspectivas de crecimiento que se definan finalmente para cada región.

Un fenómeno que ha incrementado la percepción por parte de la población de que la crisis que se inicia puede ser más profunda y prolongada que lo señalado por los analistas, han sido las reestructuraciones, el cierre de sucursales y los reajustes emprendidos por grandes empresas, muchas de ellas transnacionales, de diversos países en Europa, Estados Unidos, el Asia y otras regiones. Entre dichas empresas se incluyen algunos nombres destacados como: Siemens, Ericsson, Phillips, Alcatel, Nokia, Motorola, Du Pont, Cisco y Texas Instruments. Este proceso ha alcanzado también, en los últimos días, a importantes diarios como el *Wall Street Journal* y el *New York Times*, vinculados a prestigiosas empresas como Dow Jones y Time, respectivamente, entre otros periódicos afectados. La divulgación de estas informaciones tiene un impacto significativo en la opinión pública. Informes recientes dan cuenta de que en los cuatro primeros meses del año, en los Estados Unidos, 540 519 personas habrían sido despedidas de su trabajo.⁸ A fines de abril se habían incorporado a esta lista de empresas que inician reajustes de sus nóminas, gigantes como ATT y Compaq.

Otras empresas, especialmente automotrices, como Chrysler, Ford, General Motors y Volkswagen, han comenzado a aplicar los denominados "paros técnicos" o suspensiones temporales de la producción, en sus plantas situadas en diferentes países y localidades, como estrategia para enfrentar la reducción de la demanda. Otra estrategia aplicada por ciertas empresas es la de reducir las actividades menos

rentables y concentrarse en las más prometedoras en la actual situación y sobre todo en el futuro.

Es preciso destacar que esta tendencia al recorte del empleo y de malos resultados económicos para las empresas ha afectado incluso a varios de los sectores de la electrónica y de telecomunicaciones, ejes de la denominada "nueva economía", lo que evidencia el alcance y profundidad de la desaceleración registrada. De hecho, las empresas tecnológicas estarían pronosticando una recesión para el presente año.

El funcionamiento de la economía hoy tendería a magnificar las fases de auge y declinación. Por lo tanto, la presente recesión sería diferente de todas las anteriores y nos encontraríamos en terreno desconocido.

Las organizaciones económicas internacionales han continuado revisando sus previsiones en las últimas semanas, para dar cuenta de la evolución de la economía mundial; sin embargo, pese a los ajustes y a los elementos mencionados, aún no se llega a pronosticar una recesión propiamente dicha (definida como dos trimestres seguidos de crecimiento negativo). Por ejemplo, para el Banco Mundial, la tasa de crecimiento de la economía mundial pasaría de 4 por ciento en el 2000, a 2,2 por ciento en el 2001; sin embargo, considera que la situación actual es cíclica y se recuperará rápidamente, aun cuando existen riesgos de una fuerte recesión. Entre dichos riesgos está la pérdida de dinamismo del comercio mundial, luego del record alcanzado en 1999 (13 por ciento), al 8 por ciento estimado para el 2000, mientras para este año se prevé apenas un 5,5 por ciento. De profundizarse esa tendencia, la recesión sería inevitable y no se alcanzarían las tasas de crecimiento del PIB mundial previstas en 3,3 por ciento para los dos próximos años.

ALGUNAS REFLEXIONES TEÓRICAS

No existe una explicación definitiva y generalmente aceptada de la presente desaceleración; la velocidad con la que ha operado y las dificultades para predecir su evolución han sorprendido a todos los analistas. Existe un debate muy amplio entre los economistas que tratan

de explicar este comportamiento y de predecir al menos el resto del año. De hecho, la discusión se orientó inicialmente a establecer la forma que tendría la presente fase y la de recuperación; se hablaba entonces de una evolución en V, en U o en W, dependiendo del rezago y la sostenibilidad con la que se presentaría la fase ascendente. Muchos señalan que esa discusión no es relevante, ya que consideran más importante destacar que la economía de los Estados Unidos tendría una fortaleza de largo plazo, que aseguraría su pronta recuperación, que consiste en el incremento sustancial que ha tenido su productividad en los últimos cinco años, estimada en 3,5 por ciento, frente al precedente de un aumento de solo 1 por ciento en los 25 años anteriores. Dicho incremento permite márgenes mayores para elevar la tasa de crecimiento de la economía sin generar presiones inflacionarias.

Esa tendencia se explica, para muchos, tanto por la aplicación de las nuevas tecnologías de la información y de las comunicaciones (TIC) en los procesos de producción y gestión de las empresas de los diversos sectores en los Estados Unidos, como por la flexibilidad de los trabajadores norteamericanos, para desplazarse entre sectores y regiones, de acuerdo a los cambios en la demanda de mano de obra.

Precisamente, los aspectos recién mencionados llevan a otros analistas a enfatizar la incertidumbre respecto de los efectos de la TIC en el funcionamiento del ciclo económico, destacando los elementos diferentes de la presente coyuntura, frente a la evidencia histórica. Por ejemplo, algunos estiman, sobre la base de que los problemas actuales impactan también a las llamadas empresas de la “nueva economía”, que en caso de convertirse en recesión el actual proceso, podría ser la más profunda y prolongada de las 9 recesiones que ha sufrido la economía norteamericana desde 1948.⁹ En consecuencia, estiman que el funcionamiento de la economía hoy tendería a magnificar las fases de auge y declinación. Por lo tanto, la presente recesión sería diferente de todas las anteriores y nos encontraríamos en terreno desconocido.

Para otros, como Arthur Laffer (mentalizador de una parte de la política fiscal de Reagan y creador de la curva que lleva su nombre, según la cual la reducción de las tarifas impositivas incrementa el rendimiento de los tributos), la desaceleración de la economía norteamericana sería el resultado de un exceso de liquidez por parte de la FED en

1999, ante el temor del efecto Y2K; y luego la retiró bruscamente a fines del año pasado y comienzos del presente.

Finalmente, hay otra posición que identifica en la presente evolución las fases de bonanza y derrumbe que fueron características en la economía mundial antes de la Segunda Guerra Mundial; los períodos recesivos se iniciarían con una caída en las bolsas de valores, que provocan una reducción de la inversión productiva, seguida por la consecuente caída del PIB y el arranque de la recesión. A partir de ello, se ha debatido muy ampliamente sobre la posibilidad de que la economía de Estados Unidos pudiera estar iniciando un ciclo similar al que experimenta el Japón desde comienzos de los años noventa, luego de las enormes pérdidas registradas en los mercados de valores. Ante dichas tesis, diversos analistas destacan las diferencias con respecto a Japón, en particular en cuanto a la política económica, las diferencias institucionales, las tendencias demográficas, la productividad y la capacidad para investigación y desarrollo.¹⁰ A pesar de estas diferencias, que no justificarían el temor de que se reproduzca un proceso similar al del Japón, diversos analistas muestran su preocupación por un déficit de cuenta corriente sin precedentes y por los bajísimos niveles de ahorro en los Estados Unidos; igualmente reconocen que existen riesgos que podrían desembocar en una recesión profunda.

IMPACTO EN AMÉRICA LATINA

La desaceleración de la economía norteamericana afecta a las economías de Latinoamérica básicamente por dos canales: el comercial y el financiero; el primero a través de la reducción de la demanda de exportaciones de la región; y el segundo, por la vía de la reducción de las tasas de interés nominales y reales, que reducen los costos de los intereses y por lo tanto del servicio de la deuda externa, así como por su impacto en los flujos de capitales hacia la región.

La reducción de las importaciones que los Estados Unidos hacen desde América Latina afecta mucho más a los países para los cuales el mercado norteamericano tiene un mayor peso relativo. Sin considerar el caso de México que vende a los Estados Unidos más del 80 por cien-

to de sus exportaciones, ni los de América Central y el Caribe, fuertemente dependientes del mercado norteamericano, los países de la región andina serían, en principio, los más afectados y especialmente Venezuela y Colombia, los cuales colocan en dicho mercado alrededor del 50 por ciento de sus exportaciones; en el caso del Ecuador el porcentaje es de casi 35 por ciento, en el Perú 27 por ciento y en Bolivia 23 por ciento.¹¹ Para el MERCOSUR y Chile, el mercado norteamericano tiene un peso relativamente menor, puesto que tienen un mayor grado de diversificación en el destino geográfico de sus exportaciones.

Por otro lado, salvo el caso de Brasil, las ventas de Sudamérica a los Estados Unidos siguen concentradas mayoritariamente en productos primarios, de origen agrícola, minero o de la pesca. Cuando se produce una desaceleración de la economía norteamericana y mundial, y peor aún con una recesión, las cotizaciones de dichos productos tienden a debilitarse, debido a las restricciones de la demanda, que se acelera por la reacción de los exportadores que tratan de contrarrestar la caída de los precios con mayores volúmenes de ventas externas, provocando un exceso de oferta y el consecuente deterioro de los términos del intercambio. Cabe destacar que esa tendencia se registraría incluso en el caso del petróleo, puesto que un menor ritmo de actividad generaría una caída en la demanda del crudo y de los precios, que no podría ser regulada mediante recortes de la oferta.

En cuanto a los flujos de capitales, en lo que va del año ya se ha registrado una reducción de los flujos hacia la región, salvo el caso de México, que por su particular relación con los Estados Unidos sigue siendo un lugar relativamente seguro para las inversiones norteamericanas. Los crecientes problemas de Argentina y sus efectos en el Cono Sur, así como la fragilidad de los países andinos, repercuten inmediatamente en su capacidad de atraer capitales de riesgo del exterior.

En fases de crisis, la reducción de las tasas de interés en los países industrializados podría generar mayores flujos hacia los denominados mercados emergentes, cuyas tasas son más altas; sin embargo, la valoración del riesgo país también se eleva en estos últimos y en el resto de países en desarrollo, debido a su elevada vulnerabilidad externa, contrarrestando ese potencial de atracción.

Por otro lado, en la medida en que cerca de las tres cuartas partes de la deuda externa de América Latina ha sido contratada con tasas variables, que se revisan periódicamente, la reducción de las tasas en los Estados Unidos y en los mercados privados significa efectivamente una reducción en el monto del servicio de la deuda externa, por concepto de intereses. No es posible evaluar con precisión, salvo con una serie de supuestos simplificadores, el efecto neto de los impactos comerciales y financieros generados por la desaceleración y eventual recesión norteamericana. Además, la situación es diferenciada en cada país.

De cualquier forma, en caso de que se produzca una recesión en Estados Unidos y en la economía mundial, más profunda que la esperada, las economías latinoamericanas enfrentarán igualmente una prolongada fase recesiva, que agravaría las dificultades y desequilibrios actuales, agudizando los problemas de gobernabilidad particularmente acentuados en los países andinos.

CONCLUSIÓN

Al terminar este artículo, el FMI entregó sus previsiones de mayo de 2001,¹² en las cuales se reconoce que la desaceleración económica norteamericana es más rápida e intensa que la esperada. Se prevé un crecimiento de la economía mundial de 3,2 por ciento en este año y de 3,9 por ciento en el 2002; los Estados Unidos crecerían 1,5 y 2,5 por ciento, en cada período respectivamente; el Japón se mantendría en el estancamiento con 0,6 y 1,5 por ciento; mientras las economías de la Unión Europea (12 países de la zona euro) registrarían una tasa de 2,4 por ciento en el 2001 y de 2,8 por ciento en el 2002; por primera vez desde 1991, su crecimiento sería más alto que el de Estados Unidos.

Por otro lado, a fines de abril se conoció una estimación preliminar del crecimiento de la economía norteamericana en el primer trimestre de este año (2 por ciento), el doble de la prevista inicialmente; lo que generó gran euforia en Washington y en Wall Street, ya que se consideró como un signo claro de que la tendencia declinante se habría superado, a pesar de que todavía no se habrían visto todos los efectos de la rebaja de 2 puntos en las tasas de interés decretadas por

la FED, ni tampoco de una rebaja de impuestos superior a los 100 mil millones de dólares, en este año, aprobada por el Congreso a pedido de Bush. Precisamente la magnitud de las medidas de estímulo a la economía mostrarían la preocupación de las autoridades por los riesgos de la situación actual.

En todo caso, el debate sigue abierto y algunas evidencias mostrarían que la desaceleración norteamericana no parece entrar en la clásica concepción de un “aterrizaje”. Los cambios introducidos en el funcionamiento de la economía por la tecnología de la información y de las comunicaciones, requieren de enormes inversiones que a su vez exigen una demanda gigantesca; una recesión profunda de la economía mundial establecería muy serias restricciones para la realización de dicha producción y podría desembocar en una crisis larga y generalizada del comercio mundial. La evolución de los mercados bursátiles y de los flujos internacionales de capital en los próximos meses, reflejará los cambios en las percepciones de los agentes económicos y en sus expectativas; la forma que podría adoptar esta crisis en los países latinoamericanos sería la de crecientes dificultades para cubrir el servicio de la deuda externa, que significa una enorme sangría financiera, levantando serias dudas sobre la viabilidad económica y política de estos países.

En caso de que se produzca una recesión en Estados Unidos y en la economía mundial, más profunda que la esperada, las economías latinoamericanas enfrentarán igualmente una prolongada fase recesiva.

NOTAS

1. No existe una definición precisa de lo que es la nueva economía, pero en términos generales se asocia con “los cambios introducidos por el desarrollo de las tecnologías de la información y comunicación (TIC) en el sistema económico; entendido éste en sentido amplio, desde la perspectiva más sociológica hasta sus ramificaciones jurídicas”. Carlos Garcimartín, “Aspectos económicos de la Nueva Economía”, mimeo, 2000.

2. Citado en Alan Murray, "Nueva economía y monopolio", artículo publicado en la sección financiera del *Excelsior* de México, el 12 y 13 de junio de 2000.

3. Cabe destacar que en los Estados Unidos se considera que existe una recesión, cuando se registran 2 trimestres seguidos con tasas negativas de crecimiento.

4. El FMI entregó su análisis de las perspectivas de la economía mundial el pasado 25 de abril.

5. IMF, *World Economic Outlook*, october 2000.

6. OECD, *Economic Outlook*, No. 68, december 2000.

7. "Las cuentas de Bush", editorial del diario *El País* de España, 11 de abril de 2001.

8. Enric González, "Estados Unidos constata la crisis de su economía", diario *El País* de España, 15 de abril de 2001.

9. Ver en *The Economist*, del 10 al 16 de marzo de 2001.

10. Ver simposio "Déjà Vu All Over Again: What Are The Chances That The United States Follows Japan's Decade -Long Funk?", en *International Economy*, january/february 2001.

11. Ver el Reporte Económico de la CAN, "Impacto de la desaceleración de la economía de EE.UU. en los países andinos", 9 de abril de 2001.

12. IMF, *World Economic Outlook*, may 2001.